

Inmigrantes

■ Cuando miramos un atlas y buscamos en él la presencia de Chile, su austral ubicación, su larga y angosta presencia nos hacen tomar conciencia de la lejanía que nos separa del resto del mundo, el magro volumen físico que ocupamos en el planeta. Y cuando nos imaginamos cómo nos ven desde Europa, cuando en cualquier rincón del Viejo Mundo se realiza la misma operación de observar un mapa, no podemos imaginar por qué alguien quisiera inmigrar a tierras tan lejanas y tan extrañas.

Y, sin embargo, nuestro país ha recibido sucesivas inmigraciones que han ido enriqueciendo y plasmando su perfil cultural. A diferencia de lo que sucede en otros países, los inmigrantes se han incorporado a él sin perder su identidad. No me he encontrado otro lugar donde las colonias extranjeras mantengan sus clubes, sus centros profesionales y culturales como sucede aquí y, a la vez, estén tan penetradas e influyan tanto en la vida del país. Véanse los estadios, por ejemplo, el Español, el Israelita, el Sirio, el Palestino, el Yugoslavo, el Alemán. Nuestros equipos profesionales de fútbol dan testimonio, también, de nuestra acogida al extranjero: Unión Española, Audax Italiano, Palestino y en el puerto, el Wanderers y el Everton son representativos de la colonia inglesa que ahí se radicó.

La geografía chilena tiene zonas demarcadas por esta inmigración. Antofagasta y Punta Arenas para los yugoslavos. Puerto Montt y Valdivia para los alemanes. Valparaíso para los ingleses.

La crónica nos ha relatado cómo se han producido estas inmigraciones. Sabemos que Vicente Pérez Rosales es el artífice de la inmigración alemana; que los israelitas llegaron en grandes proporciones huyendo de la persecución de que eran objeto y que los yugoslavos buscaban escapar de la dominación austro-húngara. Y, así, cada una de las inmigracio-

nes tiene su historia. Pero esa es una explicación histórica, sociológica o económica. La pregunta que siempre me he hecho es: ¿Qué sucede en cada individuo cuando toma la determinación de abandonar su país? Por de pronto, todos piensan que la separación es temporal, que llegarán a "hacer la América", como se decía antes, y se volverá a su paisaje, a su cultura, a sus amigos y familiares que quedaron en el terruño. Y con esa esperanza y esa seguridad parten. Después... después viene simplemente la vida, el amor que se encuentra en la tierra ajena, la familia que aquí se forma, los lazos que se van creando, la posición que trabajosamente se logra cimentar y se termina reconociendo que una nueva patria se ha ido creando en sus corazones.

Conozco más de un caso de inmigrantes que con fortuna hecha, familia formada, posición adquirida, emprendieron el viaje de regreso a terminar sus días en lo que creían que les era propio. Pero allá, en la patria de origen, también había transcurrido el tiempo, también el paisaje y las costumbres habían cambiado; también los amigos se habían desvanecido y los familiares apenas si eran unos rostros en que se adivinaba el recuerdo de los que se habían dejado.

Y todos terminaron por regresar.

Yo siento una inmensa admiración por todos los hombres y mujeres que un día, acicateados por razones económicas, políticas o religiosas, emprendieron el largo viaje que los llevaría a una tierra desconocida y lejana, pero esa admiración es compartida con la de los habitantes de esta tierra que, a diferencia de lo que sucede en otras partes, le dieron hospitalidad, compartieron su pan y recibieron sin reservas a los extranjeros. Así se ha ido formando nuestra nacionalidad, así hemos ido creciendo y, así, nos hemos ido entendiendo.